

Rodolfo Cerrón-Palomino, *Lingüística aimara*, Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos “Bartolomé de Las Casas”, 2000.

Quienes nos interesamos en el campo de la lingüística andina y seguimos con atención el trabajo de Rodolfo Cerrón-Palomino, hemos esperado la aparición de *Lingüística aimara* con especial expectativa, puesto que los adelantos de investigación que el autor había venido divulgando a través de artículos y presentaciones académicas permitían vislumbrar una serie de hipótesis y hallazgos que sin duda habrían de incidir de manera significativa en nuestra visión de la historia lingüística de los Andes y, por tanto, en nuestros respectivos trabajos, por específicos que éstos fueran. El volumen que el Centro de Estudios Regionales Andinos “Bartolomé de Las Casas” pone ahora en circulación nos permite revisar, integrados finalmente en un conjunto, dichos planteamientos.

Lingüística aimara se divide en tres secciones. La primera tiene un carácter introductorio y en ella el autor revisa las diferentes ideas en torno al nombre de la lengua (capítulo I); traza un derrotero de las fuentes y de los estudios referidos al idioma, tanto coloniales como poscoloniales y contemporáneos (capítulo II); y presenta la distribución actual de las lenguas aimaras (capítulo III). La siguiente sección (“Segunda parte: diacronía”) constituye tal vez la novedad principal del volumen en el ámbito de la lingüística, puesto que realiza la primera reconstrucción del sistema fonológico del protoaimara y aborda la morfología de dicha entidad idiomática, la matriz que dio origen a las lenguas aimaras que se practican hasta nuestros días: el aimara sureño o collavino y el central o tupino, este último también conocido por las denominaciones de sus dos únicas variedades sobrevivientes, *cauqui* y *jacaru*. Esta sección se

concentra, en primer lugar, en el análisis de la codificación más temprana del idioma, aquella que realizaron con propósitos catequísticos los religiosos reunidos en el marco del Tercer Concilio Limense, a fines del siglo XVI (capítulo IV), para luego ofrecer una hipótesis del sistema fonológico del protoidioma (capítulo V) y un planteamiento similar en el terreno de la morfología (capítulo VI).

La tercera es la sección que sin duda trae las noticias de mayor interés para los investigadores de la andinística que operan en disciplinas relacionadas con la lingüística, como la arqueología y la etnohistoria. Dicha sección aborda el origen y la difusión del aimara revisando las diferentes hipótesis existentes al respecto y sugiriendo –hasta donde ello es posible– probables correlaciones entre los hitos de dicha expansión y eventos culturales producidos en los Andes prehispánicos (capítulo VII). Además, se presenta una nueva revisión de los estudios recientes en torno a las relaciones entre el aimara y el quechua (capítulo VIII), problema que el autor ha venido trabajando sistemáticamente desde hace por lo menos dos decenios.¹ Cierran el volumen tres apéndices: el primero ofrece un muestreo dialectal, y los tres siguientes, sendos materiales léxicos: un conjunto amplio de cognados de las ramas collavina y central o tupina, y dos listas de léxico básico –en la terminología de Morris Swadesh– que confrontan, respectivamente, el protoquechua con el protoaimara, y el aimara sureño con el central. El muestreo dialectal ofrecido en el primer anexo consiste en la presentación ordenada de tres versiones de un pequeño relato tradicional, “Encanto de campana”, propio de la región de Yauyos. Las tres versiones atestiguan, respectivamente, las variedades aimaras de Cachuy (Yauyos, Lima), Tupe (Yauyos, Lima) y Conima (Moho, Puno). Finalmente, el libro entrega una serie de ilustrativos mapas elaborados por el historiador Nicanor Domínguez Faura.

El texto aprovecha las descripciones y los registros del aimara central efectuados durante los años noventa por Neli Belleza y sus

¹ Cf. “El problema de la relación quechua-aru: estado actual”, *Lexis* VI: 2, 1982, 213-242; “La relación quechua-aru”, en Rodolfo Cerrón-Palomino, *Lingüística quechua*. Cuzco: Centro de Estudios Rurales Andinos “Bartolomé de Las Casas”, 1987, 351-373.

colaboradores,² labor que le ha permitido a Cerrón-Palomino someter a evaluación crítica las conclusiones a que la lingüista estadounidense Martha Hardman llegó previamente sobre esta rama aimara, que permaneció durante decenios sin ser analizada por otros investigadores. La importancia de contar con este material se hace evidente desde el capítulo III, destinado a establecer una división dialectológica de las lenguas aimaras. Cerrón-Palomino cuestiona la clasificación propuesta por Hardman del cauqui y el jacaru como idiomas distintos, el primero de los cuales se encontraría más vinculado, desde el punto de vista estructural, con el aimara collavino que con su variedad vecina. Tras el examen del nuevo material, el autor encuentra que dicha división es insostenible, y plantea que resulta más apropiado postular la existencia de un solo aimara central, distinto del sureño o collavino y conformado por el cauqui y el jacaru como variedades. Para el aimara sureño, el autor recoge la división dialectológica establecida previamente por la lingüista Lucy Briggs, quien propuso la diferenciación de tres subramas: la norteña, la intermedia y la sureña, practicadas, respectivamente, en las cercanías del lago Titicaca —lo que comprende las áreas de Puno y La Paz—, los departamentos bolivianos de Oruro y Potosí, y parte de los departamentos surperuanos de Moquegua y Tacna. Por su parte, el aimara central cubre, en su variedad cauqui, el anexo de Cachuy, distrito de Catahuasi, provincia de Yauyos, Lima, y en su subrama jacaru, las localidades de Tupe, Aiza y Colca, en el distrito de Tupe, de la misma provincia limeña.

Pero es en la segunda sección donde más resalta la importancia del reciente material tupino para la gestación de los planteamientos renovadores ofrecidos en el libro. Ciertamente, sin aquel no se podría haber emprendido la tarea de abordar, por primera vez, la dilucidación del sistema fonológico del protoaimara. Con este fin, Cerrón-Palomino contrasta evidencias de las ramas central y sureña de la familia idiomática, evidencias que son, a su vez, tributarias de una comparación previa entre muestras provenientes de las variedades de Tupe y Cachuy para el caso del aimara central, y Puno y La Paz para el del sureño. Sobre el sistema consonántico del proto-

² Belleza, Neli, *Vocabulario jacaru-castellano/castellano-jacaru*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de Las Casas", 1995.

aimara, el autor postula, en el capítulo V, un conjunto de seis órdenes de oclusivas –entre las cuales se incluyen, por su comportamiento y a pesar de su textura fónica, dos africadas: una no retrofleja /č/ y una retrofleja /č̂/, tal como en el quechua central–, con sus respectivos correlatos laringalizados; tres fricativas: una glotal aspirada /h/ y dos sibilantes, una palatal /š/ y una dorsoalveolar /s/; tres nasales; dos laterales; una sola vibrante y dos semiconsonantes. En cuanto al sistema vocálico, se postulan tres unidades con estatus de fonemas (/i, a, u/) y se descarta la existencia de alargamiento vocálico con valor fonológico, como lo había sugerido Hardman. También se analiza la estructura silábica del protoaimara, su régimen acentual y sus procesos morfofonémicos. En este último campo, se plantea que varios procesos de la compleja morfofonémica que caracteriza al aimara hasta el día de hoy –fenómenos de supresión, contracción y apócope vocálicos condicionados por la morfología y la sintaxis– se pueden postular como rasgos propios de la protolengua.

En el capítulo VI, Cerrón-Palomino prosigue con la reconstrucción del protoaimara, pero esta vez concentrado en el terreno morfológico. Así, pasa revista primero a la morfología nominal –reconstruyendo los pronombres personales, los demostrativos y los interrogativos, así como los numerales–, para después abordar los procesos de flexión y derivación nominal. La tradicional división, en el análisis morfológico, entre flexión y derivación también permite ordenar el examen del verbo aimara, en el que el autor resalta como un elemento de la protolengua el singular y abundante conjunto de sufijos direccionales que distingue al aimara actual de otras lenguas indígenas como el quechua (un ejemplo correspondiente al aimara sureño es la serie *apta-* ‘levantar algo’, *apani-* ‘traer’, *apnaqa-* ‘llevar algo de aquí para allá’, *apamuku-* ‘deshacerse de algo al paso’, *apkata-* ‘levantar algo en lo alto’, *apt^hapi-* ‘amon-tonar algo’ y *apxasi-* ‘retener algo en las manos’, donde se puede observar en acción, enriqueciendo la raíz verbal *apa-*, los reflejos sureños actuales de los antiguos sufijos direccionales ‘ascensor’, ‘cisllocativo’, ‘oscilativo’, ‘incidental o distanciador’, ‘atravesador’, ‘congregativo’ y ‘sostenedor’). Finalmente, se reconstruyen en este capítulo las formas antiguas de los sufijos independientes, divididos entre validacionales –aquellos que reflejan distintos grados de cono-

cimiento, duda o certidumbre respecto del mensaje— y conectores —aquellos que establecen contrastes o coordinaciones de índole pragmático-discursiva entre diferentes enunciados—.

En esta sección del libro, dedicada a la reconstrucción interna del idioma, también se describe y analiza el aimara presente en los textos que acompañan a la *Doctrina Christiana*, elaborada en las dos “lenguas mayores” del Perú antiguo por los religiosos congregados en el marco del Tercer Concilio Limense (1582-1583). Una de las preguntas centrales del capítulo IV, destinado a revisar el aimara conciliar, reside en la identidad de la variedad en que se basan estos documentos, que contienen, dicho sea de paso, la primera codificación del idioma. Cerrón-Palomino plantea la hipótesis de que la variedad que con mayor probabilidad sirvió para esta codificación inicial fue la pacase o pacaje, cuyos practicantes eran tenidos por “más polidos, y elegantes en el hablar” que los de otras variedades como la lupaca, según afirmación del jesuita italiano Ludovico Bertonio, autor del célebre *Vocabulario de la lengua ayмара*, impreso en Juli en 1612.³ Habría sido a partir de este dialecto-base que los religiosos “compusieron y elaboraron” su versión de la lengua. El autor resalta también la conciencia que muestran los redactores conciliares respecto a la conveniencia de tratar de manera contrastada el quechua y el aimara, con lo cual “se adelantaban en los afanes comparatísticos que a la fecha, tras más de cuatro siglos, todavía inquietan a los estudiosos contemporáneos” (*Lingüística aimara*, p. 115). Posteriormente, Cerrón-Palomino afirmará que los vínculos internos y externos entre las dos “lenguas mayores” del Perú prehispánico son “tan profundos que [...] no es posible estudiar por separado ambas entidades idiomáticas, y así parece que lo entendieron quienes se ocuparon de ellas desde un primer momento”. Sin embargo, advierte que también se nota ya desde estas fechas tempranas cierta unilateralidad a favor del tratamiento del quechua respecto al aimara, visible en el hecho de que

³ La “provincia de los pacaxes” comprendía los repartimientos de Callapa, Caquingora, Caquiaviri, Machaca y Tiahuanacu, con dos pueblos “de entrada” en la provincia de Omasuyo: Guaqui y Viacha. La ciudad de La Paz estaba dentro de sus términos (*Lingüística aimara*, p. 81, nota 9).

al describir el primer idioma no se suele hacer referencia al segundo, mientras que al dar cuenta de las estructuras gramaticales y morfológicas del aimara es muy frecuente, por el contrario, la remisión al quechua, al fin y al cabo “la más general de todas” las lenguas prehispánicas en estas tierras. El silencio en torno al aimara ya se puede observar —señala el autor— en las minuciosas descripciones del quechua cuzqueño realizadas a inicios del siglo XVII por el jesuita Diego Gonçález Holguín, quien, al haber vivido en Juli, debió de haber tenido contacto directo e intenso con aquel idioma.

Estos “afanes comparatísticos” —de larga data, como vemos— constituyen precisamente materia de la tercera y última sección del libro, puesto que el capítulo VIII está dedicado a revisar las diferentes hipótesis en torno a las relaciones genético-estructurales entre el quechua y el aimara. Cerrón-Palomino discute los planteamientos recientemente formulados en torno a este problema por lingüistas como Peter Landerman, Willem Adelaar y Lyle Campbell, para adherirse finalmente a la tendencia que propugna una revisión del consenso establecido en décadas anteriores, según el cual era inviable demostrar un origen común para ambas lenguas. El autor se suma también al cuestionamiento de la hipótesis según la cual la presencia de oclusivas laringalizadas (/p', p^h, t', t^h, ch', ch^h, k', k^h, q', q^h/) en el quechua sureño es producto de sustrato aimara y de una larga historia de convergencia geográfica y cultural entre ambos idiomas. Para Cerrón-Palomino, esta idea ha quedado sumamente debilitada, al haberse acumulado a lo largo de los últimos años evidencias que recomiendan la reconstrucción de dichos segmentos en el protoquechua, tal como en el protoaimara. Entre estas pruebas, se encuentra una aportada por el propio autor; a saber, ciertas correlaciones entre el alargamiento vocálico que contiene una serie de raíces del quechua huanca y la existencia de oclusivas aspiradas en el protoquechua. Sin embargo, reconoce el autor, la posibilidad de reconstruir segmentos laringalizados en la antigua matriz del quechua no constituye necesariamente un índice de parentesco con el aimara y, en conclusión, el problema del origen común dista de ser caso cerrado.

Es interesante recordar que en 1987 Cerrón-Palomino realizó un balance del estado del problema y concluyó lo siguiente: “En vista

de que la hipótesis del origen común ha demostrado ser infructuosa, queda la teoría de la convergencia como la más probable, por lo menos mientras los estudios sincrónicos y diacrónicos de los dos grupos idiomáticos en mayor profundidad, sobre todo en el lado aru, permitan probar lo contrario” (*Lingüística quechua*, p. 374). Si bien esta visión ha sido radicalmente reformulada en *Lingüística aimara*, el texto de 1987 ya señalaba cuál era el mejor camino para avanzar en la dilucidación de las preguntas que podrían conducir a una solución más satisfactoria de este asunto: “Con todos los progresos alcanzados en el campo aru, quedan aún una serie de vacíos por llenar, específicamente en relación con la rama tupina: ni contamos con un material léxico adecuado ni se ha demostrado de manera concluyente la relación [...] que guardan sus miembros entre sí. Sobra decir que la cobertura de estos puntos podría permitir un replanteo general del problema”. Esto último es precisamente lo que comprobamos en el capítulo VIII del nuevo volumen.

Encontramos una ilustración interesante de lo profundos y complejos que fueron los contactos entre el quechua y el aimara en una herramienta metodológica visible a lo largo del libro: frente al problema heurístico que supone la falta de registro de materiales de la rama tupina o central en siglos previos al XX,⁴ Cerrón-Palomino recurre a la evidencia indirecta que proporciona el quechua central. Así, por ejemplo, para mostrar la posibilidad de que el antiguo cambio del fonema africado retroflejo al oclusivo dentoalveolar (*/ç/>/t/) no solo haya afectado al aimara sureño (como en las correlaciones *ayçi* ‘enjuagar’, *phaçu* ‘ancho’ y *hamp’aça* ‘sapo’ del tupino frente a *ayti*, *phatu* y *hamp’atu* del sureño) sino también a algunas variedades de la rama central, el autor aprovecha indicios del quechua huanca, que al parecer tomó de algunas hablas centrales de aimara las palabras *kata* ‘manta’ y *pata* ‘barriga’ (frente a *kaça*, del jacaru, y *paça*, del quechua tarameño).

Esta sección del libro también está dedicada a revisar los diferentes planteamientos existentes sobre el origen y la expansión del

⁴ Al parecer, Tschudi perdió, a mediados del siglo XIX, entre las localidades de Viso y San Mateo, la que pudo haber sido la primera documentación de la variedad tupina, a raíz de un percance que sufrió la mula en que portaba su equipaje (*Lingüística aimara*, p. 38, nota 13).

idioma. Para abordar este problema, el autor revisa, en primer lugar, el antiguo debate entre Uhle y Riva-Agüero, quienes defendían, respectivamente, un origen norteño y otro sureño del aimara. A continuación, evalúa las propuestas más recientes sobre el punto, que fluctúan entre la asignación de un foco de origen altiplánico y uno localizado en la costa central; y por último sostiene, a grandes rasgos, la siguiente hipótesis: el protoaimara surgió en la zona costera comprendida entre Cañete (Lima) y Nasca (Ica) y sus serranías adyacentes. Esta zona inicial cubrió, hacia la sierra, por lo menos las actuales provincias limeñas de Canta, Huarochirí y Yauyos. Posteriormente, la antigua matriz idiomática se escindió en dos ramas, el protoaimara central, practicado en los mismos territorios del foco de origen, y el protoaimara sureño, expandido en dirección este, hasta cubrir los departamentos de Huancavelica y Ayacucho, entre 200 a. de C. y 200 d. de C. La segunda expansión de la lengua, ya configurada como protoaimara sureño, se dio en dos direcciones y en diferentes etapas: en la primera, paralela a la fase inicial de Huari (s. VI), avanzó en dirección noroeste, hasta el límite entre lo que hoy son los departamentos de Huancavelica y Junín, y durante la segunda, en una fase coincidente con el apogeo de Huari (siglos VII-X), el protoaimara sureño acentuó su presencia en el norte, hasta Cajamarca y Lambayeque, y en el sur, hasta Cuzco y Arequipa. El autor relaciona una tercera etapa de expansión con la declinación de Huari (s. XI) y propone que durante esta fase el idioma se emplazó en el territorio altiplánico, empujado por el avance de los pueblos de habla quechua en dirección sureste.

Esta periodización se basa en indicios de carácter toponímico y léxico, vinculados, de modo aproximado, con registros arqueológicos y eventos culturales de los Andes prehispánicos. Con este propósito, Cerrón-Palomino establece una serie de elementos diagnósticos de presencia aimara que serán de utilidad para profundizar los estudios toponímicos en el futuro; por ejemplo, *-sana* 'abundancial' (como en *Pucusana* y *Chacrasana*), *-quta* 'lago' (como en *Laicacota*) y *uma* 'agua' (como en *Omasuyos* y *Viluma*). Asimismo, extrae del léxico de las variedades centrales y norteñas del quechua un conjunto de términos imposibles de explicar si no es por influencia aimara y que bien podrían impulsar investigaciones lexicográficas más amplias para evaluar, de manera sistemática, la pro-

fundidad y la incidencia geográfica de este sustrato en la sierra norteña y central.

Para concluir esta reseña, vale la pena comparar someramente el esquema general de *Lingüística aimara* con *Lingüística quechua*, el otro gran compendio andinístico de Cerrón-Palomino. Al margen de los paralelos visibles ya desde los títulos, queda claro que el nuevo libro está centrado en el eje diacrónico y no en el sincrónico. *Lingüística quechua* dedicaba una sección entera (“Tercera parte: sincronía”) a presentar un esbozo gramatical del quechua contemporáneo según los tradicionales niveles de análisis lingüístico –fonológico, morfológico y sintáctico–, integrando y cotejando, en una útil exposición sintética, las formas ofrecidas por las diferentes variedades del idioma. Para quienes extrañen en el esquema general del nuevo libro una sección similar, vale la pena recordar que en un volumen anterior, *Quechumara*⁵, el autor ya había efectuado una revisión pormenorizada de los sistemas fonológicos y morfológicos actuales del aimara; aunque, como se podía esperar dados los propósitos de dicho estudio, el examen se realizó prestando especial atención a los elementos compartidos entre las dos “lenguas mayores” de los Andes. Cabe resaltar, por último, el énfasis con que Cerrón-Palomino subraya la necesidad de realizar una descripción más exhaustiva de algunas variedades del aimara actual, especialmente las de la rama central; recordemos, a propósito de esta urgencia de registro y estudio minuciosos, que el cauqui es considerado como un exponente aimara en franco proceso de extinción y que a mediados de los noventa se reportaron únicamente once hablantes, solo uno de los cuales tenía menos de 45 años.⁶ Sin duda, el marco que ofrece *Lingüística aimara* será de gran apoyo para quienes quieran emprender estas tareas.

Luis Andrade Ciudad
Pontificia Universidad Católica del Perú

⁵ *Quechumara: estructuras paralelas del quechua y el aimara*. La Paz: Centro de Investigación y Promoción del Campesinado, 1994.

⁶ Véase la respuesta de Marco Ferrell al cuestionario relativo a la variedad aimara de Cachuy en Inés Pozzi-Escot, *El multilingüismo en el Perú*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos “Bartolomé de Las Casas”, 1998.